



1

Cam

LA PRIMERA VEZ QUE LA VI, EN REALIDAD NO LA VI.

Lo primero que noté fue su risa. Resonó con fuerza desde otra habitación en un intervalo sin música. Era despreocupada y fresca, como la ciudad en primavera. Libre.

Abandoné el tonto juego que estaba haciendo con mis amigos: intentar embocar una pelotita en los vasos plásticos que se hallaban sobre la mesa de la cocina, y me dirigí a la sala, de donde creí que provenía la risa. La música había vuelto a sonar y resultaba imposible oír cualquier cosa que no fueran los acordes de *Friendships (Lost My Love)*, de Pascal Letoublon y Leony.

Había mucha gente. La casa del amigo de mi compañero de la universidad parecía un crucero en plenas vacaciones. No sé por qué, mientras buscaba la risa que acababa de oír entre la gente, imaginé eso. Tonterías que se me cruzaban a veces cuando no tenía algo más interesante en qué pensar. Además, esa noche no había llevado el automóvil y, como volvería a casa en taxi, había bebido un poco.

De repente, mi sentido de la audición se aguzó y volví a escuchar la risa a lo lejos, acompañada por la música. Aunque estaba más cerca, el ambiente ruidoso la hacía parecer lejana. Oí otras risas, voces e incluso alguna exclamación divertida, pero nada como ese sonido atrayente y único. Su dueña era una sirena en el mar, y yo, su marinero.

Dos amigos se separaron con un empujón brusco. Detrás de ellos, al fin reapareció la risa. Le pertenecía a una chica que se inclinó hacia adelante para arrojar un *snack* a la boca abierta de un muchacho que estaba del otro lado de una mesa con un tapete rojo. Por la camiseta de él, supuse que se trataba de un deportista universitario.

Cuando los amigos volvieron a juntarse, me moví hacia un costado para continuar observándola. Era imposible no reparar en ella. Había algo demasiado atractivo en su figura, una fuerza magnética que me atrapaba aun sin quererlo. Era como si de su interior manara una luz intensa y envolvente. Desprendía una energía que desbordaba la habitación.

Llevaba puesto un vestido verde brillante con unas extrañas gemas colgando, corto y muy ajustado, y sandalias de tacón del mismo color. Tenía un poco de flequillo; el pelo rubio con algunas ondas pasaba sus omóplatos. Se lo echó hacia atrás en un movimiento

rápido. Alcancé a ver que unos aretes torneados recorrían su oreja desde el lóbulo hasta la parte superior. También algunos tatuajes pequeños en sus brazos. El que divisé en su muñeca, entre varios brazaletes, parecía un símbolo. Lo había visto antes: era un signo del zodiaco, pero no sabía precisar cuál.

Alguien me empujó por la espalda. Me di la vuelta y encontré a mi amigo Harry aferrado a mi hombro.

–¡Me plantaste en el juego! –protestó.

–Lo siento. ¿Volvemos?

–Tarde: otros nos arrebataron el lugar. ¿Qué hacías? –Miró al frente–. Ah, ya entiendo. Te quieres tirar a la del vestido verde.

–No.

–¿Qué esperas? ¿Por qué no te acercas?

–No quiero tirármela, basta. Volvamos al juego.

–Ya te dije que nos quitaron el puesto.

–Entonces hagamos otra cosa.

Me di la vuelta y hui de la sala antes de que mi amigo, que había bebido bastante más que yo, decidiera hacerme pasar vergüenza con la chica de la risa atractiva.

No volví a verla durante el resto de la madrugada. Tampoco la oí. Supuse que, quizás, se había ido con el deportista o con alguna amiga. Había notado que, junto a la mesa, la acompañaba una chica.

Pedimos un taxi cuando comenzaban a retirarse los primeros invitados. En cuanto subimos al auto, mi amigo comenzó a reír sin razón.

–Dime la verdad: ¿hace cuánto que no tienes acción? –preguntó.

–Cállate –ordené, mirando por la ventanilla.

–Te la pasas encerrado con los libros. Lo entiendo: estudiar

Medicina no ha de ser fácil, pero estamos de vacaciones. ¿Por qué no te acercaste a la chica del vestido verde?

–Porque no tenía ganas –repliqué encogiéndome de hombros.

–¡No te creo!

–¿Para qué iba a hacerlo? –Lo miré–. Estaba ocupada con ese chico y con sus amigas. Seguro se fue con él.

–Yo creo que te dio vergüenza.

–También. ¿Y qué?

–¡Lo sabía!

–¿Cómo querías que me acercara? ¡La viste!

–Sí. Estaba arrojada sobre la mesa, diciendo con su pose: “tengo ganas de una noche salvaje”, y tú te echaste atrás.

–¡No es cierto! Tan solo... Era demasiado para mí. Una chica como ella jamás se fijaría en alguien como yo.

–Nunca lo sabrás si no te acercas.

–No hablemos más de esto, y menos en público.

–¿Por qué? Sexo, sexo, sexo. Señor, ¿le molesta que diga “sexo”? –consultó al taxista, apoyando una mano en el panel transparente que nos dividía.

El conductor, un hombre canoso de unos sesenta años, rio, dejando entrever unos dientes muy blancos.

–No, muchacho. Y espero que acepten un consejo de este viejo sabio: si una mujer se cree demasiado para ti, simplemente le haces saber que no lo es –afirmó, apuntando el volante con el dedo.

–¡Bien dicho! –exclamó Harry, más para llevarme la contraria que porque creyera en esa teoría absurda y machista.

Suspiré y dirigí mi atención otra vez a la ventanilla. Entre los consejos del taxista y los de mi amigo, no lograba hacer uno que valiera la pena.



Era tímido, sí. Y prefería mil veces perderme la oportunidad de tener sexo que ser rechazado. Además, había pensado en muchas cuestiones mientras miraba a esa chica pero, curiosamente, no en eso. Solo en que me atraía y en que me hubiera gustado ser más valiente para acercarme a ella. También más llamativo, como ese deportista con el que jugaba a arrojarle *snacks* dentro de la boca.

Yo no era tan atlético como él, ni tan divertido. Hacía años que no practicaba el único deporte que había aprendido alguna vez: natación. Ahora era un estudiante a tiempo completo que casi no tenía vida personal. Con suerte, a veces podía jugar al fútbol con Harry.

En cuanto entramos a casa, mi amigo se internó en el baño de la planta baja, y yo, en mi dormitorio. Cambié la camisa y el jean por un atuendo deportivo. Encontré algunos mensajes de mis padres en el móvil. Ya era muy tarde para contestar; los habían enviado la noche anterior. Querían saber si me encontraba bien, si todo estaba en orden en la casa y si había recordado alimentar al perro y regar las plantas.

Era la primera vez que me quedaba en casa en lugar de viajar con ellos y que se iban de vacaciones sin mí. Estaba intentando separarme un poco de la vida familiar. Por ejemplo, tampoco concurría ya a la casa de mis abuelos todos los fines de semana. Unos vivían en Birmingham y los otros, en Norwich, a unas dos horas y media de Londres en direcciones opuestas, por eso pasábamos la noche del sábado en la casa de los que visitáramos.

El hecho de estudiar tanto me servía como excusa para obtener un poco de libertad. Por suerte, como papá era médico, entendía las horas que conllevaba convertirse en uno y convencía a mamá de que yo necesitaba tiempo a solas.

A decir verdad, desde los diecisiete estaba cansado de que nos moviéramos en bloque. Teniendo veinte, era hora de que respetaran mis decisiones. Iba a la casa de mis abuelos, por supuesto, porque quería y, además, no podía romper las tradiciones familiares tan bruscamente. Sin embargo, no concurría tantas veces como a mis padres les hubiera gustado.

Me dirigí al sanitario del primer piso. Cuando regresé a mi dormitorio, Harry estaba sobre la cama. Me pidió que jugáramos a la PlayStation. Terminamos en la sala en penumbras, frente al televisor.

Al encender la consola, apareció un juego de mi hermanita. En lugar de buscar el *FIFA*, *Call of Duty* o *Assassin's Creed*, nos quedamos en *Minecraft* como si todavía fuéramos niños.

Nos conocíamos desde la escuela primaria. Aunque ahora estudiábamos distintas carreras y ya no podíamos pasar juntos tanto tiempo, nuestra amistad era un oasis en el que nos permitíamos retroceder en el tiempo y escapar de las responsabilidades cotidianas.

Harry se durmió antes que yo. Como él ocupaba el sofá de dos cuerpos, me instalé en uno simple. Apoyé un antebrazo sobre mi frente, recordando a la chica del vestido verde y su risa contagiosa.

Busqué los símbolos de los signos del zodiaco en el móvil pensando en su tatuaje.

Sagitario.